
LA GUERRA DE ÁFRICA.

II.

Los grandes acontecimientos que, preparados y previstos desde léjos, vienen á poner el sello á ideas universalmente extendidas, á grandes aspiraciones, no están aislados como la hora que pasa, como el hecho que huye y se borra, sino que, enlazándose con la vida de muchas generaciones, vienen á ser como una onda más en la corriente de los siglos, como una confirmacion más de las eternas leyes de la historia. Mirar una guerra, una gran guerra, animada por levantados pensamientos, presentida por todos los corazones, reclamada por la civilizacion universal, como uno de esos movimientos inciertos que la humanidad tiene alguna vez en su escabroso camino, es lo

mismo que estimar en los astros las irregularidades que puedan tener en su órbita ántes que el curso eterno y sosegado que produce las concertadas armonías de las esferas. Y la verdad es que esos grandes pensamientos, encerrados en el fondo de una civilización, que toman mil transformaciones, pero que nunca mudan su esencia en la sucesión de los siglos, provienen de las leyes de la historia, que son tan inquebrantables como las leyes del espíritu, tan reales como las leyes de la naturaleza.

Y al abrir las páginas de la historia, y al registrar cualquiera de las grandes catástrofes que la humanidad ha sufrido, se siente el calor de la terrible guerra encendida entre dos razas, que es una guerra entre dos civilizaciones contrarias, entre dos ideas antitéticas. La forma que todo pensamiento tiene en la conciencia, tiene toda civilización en el espacio, como reflejo fiel que es del pensamiento. Y así como el pensamiento reviste la forma de una contradicción, de una antinomia ántes de llegar á la armonía, á la síntesis, las civilizaciones se oponen, luchan hasta que suena la hora de su reconciliación en un nuevo pensamiento. Y si algo hay manifiesto, clarísimo en la

historia universal, es el continuo combate entre la raza indo-europea y la raza semítica, que ha cubierto de cadáveres los desiertos, que ha enrojecido los ríos más caudalosos del antiguo mundo, que ha iluminado con sus siniestras hogueras el camino de la humanidad por la tierra.

Allá, en la noche de los tiempos asiáticos, se sienten crujir los palacios de Babilonia bajo las pisadas de los caballos persas que han sorprendido á los sátrapas en sus eternos festines; al principiar la historia europea, el griego maldice desde sus islas al fenicio que lleva en sus ligeras barcas el aliento del Asia al Occidente; al concluirse la historia griega, Alejandro se levanta y vierte toda la ira de su alma sobre las ruinas de Tiro; cuando Roma combate por vez primera en los mares, combate á los semitas que se han levantado en Cartago; y los godos, que se asientan tras de la ruina del imperio romano en el Pirineo, vuelven á luchar con los semitas que entran por el Estrecho, y renuevan la guerra de los persas con los asirios, de los griegos con los fenicios, de los romanos con los cartagineses, desde Covadonga hasta Granada.

La raza semítica es una raza negativa, antité-

tica en la historia de la humanidad. Su carácter es un carácter puramente religioso. La idea de Dios único, tan uniforme como sus desiertos, llena toda su vida. El mundo es á sus ojos una obra que Dios ha arrojado con menoscupo en los infinitos y solitarios espacios. Así tienen horror á todo politeísmo, á todo culto que pueda dar alguna exaltación á la maldecida y sedienta naturaleza. Su carácter es intolerante; su fé es imperiosa y ciega. El espíritu de pueblo, de raza, ese espíritu universal tan propio de los indo-europeos, decae en los semitas, siendo reemplazado por un empedernido egoísmo que aísla al hombre en su familia y á la familia en su serrallo. De vez en cuando aparece un profeta que habla en nombre de una pasión superior á los pueblos, y esa pasión los mueve, los agita como el viento mueve y agita las arenas de sus tristes playas. La voluntad desaparece bajo el peso del fatalismo, absurda negación del hombre. A todos los hechos favorables ó adversos contesta: «Dios lo quiere,» olvidando ó desconociendo que la libertad es también de origen divino. Y si en la esfera de las obras dice siempre: «Dios lo quiere,» en la esfera de las ideas dice: «Dios lo sabe,» y su ciencia,

cuando la ha tenido, lejos de poseer originalidad, ha sido como una reacción de los elementos de la raza progresiva indo-europea sobre la inmóvil raza semítica. Su espíritu es refractario al progreso. Las generaciones se suceden, y nunca una nueva idea política amanece en su conciencia. Todos sus hijos están pagados del ideal primero de su raza, como esas piedras que se levantan inmóviles sobre los sepulcros. La poligamia les quita el amor, esa segunda vida, esa alma del alma; y la severa prohibición de reproducir la naturaleza, les ha imposibilitado para aspirar á dos de las más bellas artes, á la pintura y á la escultura. La música y la poesía lírica, artes eminentemente subjetivas, son sus artes, y los cánticos que exhalan sus almas agobiadas bajo el peso del fatalismo, se parecen al gemido, al lamento del cautivo en su mazmorra. A pesar de esta esclavitud y servidumbre de su espíritu, cuando sus pasiones se encrespan, cuando se levantan en torbellino sus ideas, el semita difícilmente tasca el freno, resiste á toda obediencia, aguza su puñal contra el pecho de sus señores, y destruye cuanto toca en su odio y en su venganza. Así su Dios es el Dios de las grandes venganzas.

zas y de los grandes terrores. Todavía parece descubrirse aquel Dios de un profeta, airado, encendido en cólera, que baja de la montaña con la túnica remangada, teñido de sangre hasta las rodillas, encrespado el cabello por la ira, pisando á los pueblos como el vendimiador pisa en el lagar las uvas. Y de aquí, de esta idea pavorosa de Dios, nace en el semita aquella servidumbre cuando obedece, y aquella fiereza cuando se rebela. Y á pesar de los consejos del profeta y del espíritu vengativo del Coran, su indisciplina, su continuo afán de rebeliones, le dá una inferioridad militar que seria inútil desconocer. Algunas gotas de sangre de esta raza semítica, intolerante, encorvada bajo el fatalismo, egoísta, indócil al progreso, inmóvil como sus dogmas, sin sentimiento de su personalidad, llena de pasiones vengativas y atroces, sierva unas veces hasta caer en la última servidumbre, rebelde otras hasta tocar en los últimos excesos de la anarquía, se han mezclado con la sangre de aquellos antiguos mauritanos, terror, ya de Roma, ya de Cartago; de aquellos nómadas feroces que, áun presos y rendidos, asustaban á los señores del mundo; de aquellos berberiscos que ensangrentaron los emi-

ratos españoles; de otros mil pueblos del interior del África, salvajes, errantes, sin jefe, sin ley, sin noción de justicia, dados al robo, reclusos en inmensas soledades ó en cavernosas grutas; que tienen por lecho el duro suelo, por alimento los dátiles de sus palmeras, por compañeros los tigres y leones; que ven siempre en todo hombre no perteneciente á su raza un enemigo; que aún vagan perdidos por los arenales, por las cordilleras, sin civilización alguna, á pesar de los civilizadores que desde Omar hasta Almamun han pasado por sus desiertos; y de este cruzamiento de pueblos distintos han nacido nuestros enemigos, que están llamando á voces una nueva raza más privilegiada que les lleve la luz de la civilización, el néctar precioso de la verdadera vida, y los levante por una educación superior del fondo de la barbarie, á ser pueblos verdaderamente humanos capaces de libertad y de derecho.

La necesidad de civilizar á estos pueblos es evidente, y esta necesidad sólo puede ser satisfecha por la nación española. Desde los primeros tiempos de la reconquista, el pensamiento de lavar con sangre africana la afrenta del Guadalete, flota sobre las banderas de nuestros ejércitos, sobre

la frente de nuestros héroes. Apenas Alfonso VI pone su planta vencedora en Toledo, cuando reta á uno de aquellos combates caballerescos de la Edad media á los Almoravides, que triunfaban en todas las ciudades árabes de la Península, con aquel primer esfuerzo de los africanos tan temible como el primer sacudimiento de un huracán. Apenas el bravo conquistador de Zaragoza huella los altos picos de Sierra-Morena, en aquellas inmortales correrías, en que su espada brillaba como el rayo de la guerra, cuando al sentir en su rostro las brisas de las playas andaluzas siente en su corazón el deseo de toda nuestra raza, el deseo de pasar al África á grabar allí la idea de nuestra civilización. Adelantan los tiempos, el África redobla su fecundidad, un nuevo profeta desciende, inspirado de la cima del Atlas, y con su palabra, más ardiente que el Simoun del desierto, llama á una nueva guerra santa á todas las razas africanas, que se aperciben á llevar sus victoriosas enseñas, espanto de mil pueblos, á Roma, á la cúspide del mundo cristiano, y cuando se mueven á cumplir su intento, el espíritu español se levanta, se transfigura, saca de sí uno de los grandes recursos, de que nunca ha carecido en sus amargos trances,

y obliga á morder el polvo á los incontrastables guerreros almohades en la inmortal batalla de las Navas, inmarcesible triunfo del cristianismo y de la amenazada civilización.

Desde este momento España se apresta á convertirse de invadida en invasora. Los reyes de Aragón no se contentan con haber arrojado de Valencia, de Mallorca, á los africanos, sino que pasan á sus mismas guaridas y llevan la guerra al seno del África, para mostrar que aquellos soldados, que humildes bajaban del Pirineo á reconquistar el pátrio suelo, ya han crecido hasta enseñorearse de sus antiguos señores. Diganlo si no Pedro III y Alfonso V.

Y lo que sucede en Aragón, sucede en Castilla. Conquistada Toledo, conquistada Cuenca, vencido el terrible paso de las sierras de Andalucía, redimida la corte de los califas, acorralada en sus montañas y desfiladeros Granada; cuando el rey Fernando III respira las balsámicas áuras de Sevilla, cuando liberta el Guadalquivir, le falta tiempo para aprestar una gran escuadra que pase el Estrecho y vaya al África á cortar en su origen aquel gran río de razas que, inundando de continuo nuestras campiñas, amenazaba la obra sacro-

santa de la reconquista, llevada á cima á costa de la vida de nuestros más heróicos mártires. La muerte sorprende á Fernando III cuando estaba próximo á ver cumplido su deseo, y Alonso X, aquel varon clarísimo, tan conoedor de la ciencia y del movimiento civilizador de su siglo, nacido para mirar á las altas esferas de la política y no á las miserables pasiones que hervían bajo sus plantas, hubiera cumplido su pensamiento, si sus hijos, si sus hermanos, si sus nobles, no le hubieran cortado el paso, precipitando á Castilla en amargas disensiones, que fueron ocasion de tristes desventuras. Sin embargo, un siglo más tarde, Alonso XI, rey más poderoso para vencer á sus enemigos que para vencerse á sí mismo, llama con el puño de su espada á las puertas del África, apenas vencidas las últimas tribus invasoras en el maravilloso encuentro del Salado.

Desde este punto sucede el advenimiento de la casa bastarda al trono español, y con el advenimiento de la casa bastarda, la bastardía de nuestra política. Se olvida la idea de nuestra política interior, aquella idea que habia tenido en constante anhelo al pueblo, la idea de la humillacion de la nobleza; se olvida la idea de nuestra políti-

ca exterior, la idea de la expulsion de los moros y de la conquista de África. Pero amanecen dias más felices. Isabel I sube al trono, y no contenta con haber acallado á la nobleza, rendido á Portugal, impulsado la reconstitucion de la nacionalidad, reconquistado á Granada, y descubierto un Nuevo-Mundo en el ignorado Atlántico, al morir recomienda en su testamento á sus hijos la conquista de África. Cisneros, el génio más español de toda nuestra historia; que tenia todas nuestras prendas y todos nuestros defectos; enemigo irreconciliable de la nobleza; sincero amigo del pueblo; fiel á todas las ideas de la pátria; apasionado de todo lo grande; algo impetuoso, impetuosidad que rayaba en violencia; tan idóneo para amar como para aborrecer; fraile ascendido á las más altas dignidades, que habia conservado siempre el carácter eminentemente democrático de nuestras órdenes mendicantes; guerrero á la usanza de su tiempo, clava en los altos muros de Orán el sagrado signo de la cruz. Pero, desde este punto, los piratas mahometanos, léjos de cejar, infestan las riberas del Mediterráneo y traen amedrentadas á Génova y á Venecia y Barcelona. Carlos V se ciñe sus armas y mar-

cha á África, y vence á Dragut y á Barbarroja, y se ciñe en Túnez uno de sus más preciados laureles. La empresa sigue, y sobre los muros de Túnez vuelve á dibujarse la figura de Carlos I reproducida en aquel D. Juan de Austria, su hijo, que sumergió la media luna en las hirvientes aguas de Lepanto. Pero después, nuestras fuerzas se disipan. Guerras en Francia, guerras en la Gran-Bretaña, guerras en Flandes, guerras en el Rosellon, guerras en la Valtelina, guerras en Alemania, guerras en Italia, guerras en todas partes, hacen que nuestro ánimo enflaquezca, que nuestro ejército se agote, pues si bien no faltan expediciones muy esforzadas contra África, como no tienen un propósito ni un fin firme, destruyen muros, queman escuadras, ciegan puertos, borran poblaciones enteras, inutilizan el comercio, castigan á muchos piratas, pero no dejan ninguna huella indeleble de nuestra idea, ningun recuerdo de nuestro génio. En los tiempos más cercanos á los nuestros ha habido tambien expediciones como la afortunada de Felipe V, y la desgraciadísima de Carlos III.

Hemos concluido por hoy. El pensamiento de la guerra de África es un pensamiento nacional;

lo reclama la civilización, lo pide nuestra honra, lo exige el fin providencial á que Dios llama al África, lo impone como una vivísima necesidad toda nuestra historia. ¿Faltaremos á lo que de nosotros exige la pátria? No. España nunca se ha abatido, y en los más supremos instantes, cuando parecia próxima á perecer, ha mostrado un ardimiento que la ha hecho respetable á los ojos de todas las naciones.

Octubre 8 de 1859.